

hermanas del imperio consideran como «una prostituta de los cristianos,» siquiera no queden ni restos tan sólo de las iglesias y monasterios que fundaron en ella los portugueses, y aun cuando la religión cristiana tenga sólo una pequeña capilla semiescondida entre las casas consulares.

Con tales precedentes díme á recorrer las calles de Tánger, con el propósito de hacer estudios preparatorios para mi viaje, notando día por día mis particulares observaciones. Véanse á continuación algunas de ellas, aisladas, incompletas, pero escritas bajo la inmediata impresión producida por los espectáculos, y por consiguiente, más eficaces y exactas que una descripción meditada.

* * *

Confieso que me siento humillado cada vez que pasa junto á mí un moro en traje de fiesta. Comparo mi sombrerillo con su enorme turbante de muselina; mi escueta americana con su holgado caftán celeste ó rosado; la angostura, en suma, de mi vestimenta negra ó gris, con la amplitud, la blancura y la sencilla y elegante majestad de la suya, y antójase que mi facha ha de tener algo de semejante á la de un escarabajo junto á una mariposa. Á veces desde la ventana de mi habitación me paso horas enteras contemplando un palmo de calzón de color de sangre y una babucha amarilla de oro, que asoman detrás de una pilastra, junto á la plazuela, y experimento un placer tal, que me es imposible apartar la mirada de semejantes objetos. Pero lo que más me enamora y hasta excita mi ambición, es el jaique, aquella luenga pieza de lana ó de seda blanquísima, con rayas transparentes, que se arrolla alrededor del turbante, cuelga sobre la

espalda, rodea el talle, descansa sobre el hombro, desciende hasta los pies, y velando vagamente los vivos colores del vestido, al más leve soplo de la brisa tremola, ondea, se hincha, parece que se inflame bajo los rayos del sol, y comunica á toda la persona la vaporosa apariencia de una visión fantástica. En este bellissimo velo el musulmán enamorado envuelve y estrecha consigo á su esposa en la noche de sus bodas.

* * *

El que no lo haya visto no puede comprender hasta qué punto posee el árabe el arte de tumbarse. En el sitio en que nosotros nos veríamos embarazados para colocar un saco de harapos ó un haz de paja, encuentran ellos manera de acomodarse tan perfectamente como en un colchón de pluma. Se adaptan á todas las desigualdades, llenan todos los huecos, se adhieren á las paredes cual si fuesen bajo relieves, se alargan, se encogen según los accidentes del terreno, hasta tal extremo, que nadie diría al verlos, sino que son mantos blancos puestos á secar: se retuercen, toman la forma de bola, de cubo, de monstruos sin brazos, ni piernas, ni cabeza; de manera que las calles y las plazas de las ciudades parecen sembradas de cadáveres y troncos humanos, como un campo de batalla después de la pelea.

* * *

Cuanto más contemplo estas gentes, mayor admiración me causa su continente majestuoso y gallardo. Entre nosotros apenas si hay uno que, ó por angostura del traje,

ó por llevar el calzado ajustado en demasía, ó por vicio, no tenga un andar desgarrado: en cambio el árabe se mueve con la elegancia y libertad de movimiento propios de soberbio animal salvaje. Por más que busco, no logro encontrar uno solo que ofrezca aquel aire de jaque, de bailarín, ó de amante desgraciado ó no comprendido, á que tan acostumbrados nos hallamos, merced á lo que abundan tales ejemplares en nuestro país. En su noble continente, en su andar majestuoso, se encuentra algo de la gravedad solemne del sacerdote, de la respetable majestad del rey, y del desgaire y desenfado del militar. Y es en verdad cosa extraña que esa misma gente que se pasa tantas horas, casi la mayor parte del día, acurrucada, inmóvil, poco menos que entorpecidos sus músculos, en cuanto se halla acosada por una pasión, despliegue una fuerza, una energía y un vigor en la expresión del rostro y en la modulación de la voz que rayan en frenesí. Más aún en los momentos en que se abandonan al dominio de las pasiones, conservan una especie de dignidad trágica que de seguro podría servir de modelo á muchos actores. Difícilmente olvidaré al árabe de esta mañana, un anciano alto y flaco que, habiendo recibido por una nonada un mentís de otro, de un cualquiera, con el cual había estado discutiendo tranquilamente, pálido, convulso, ha retrocedido unos pasos, y después ha echado á correr calle abajo cubriéndose el rostro con las manos crispadas y lanzando rugidos de ira y de dolor. En mi vida he visto una figura más terriblemente bella.

* * *

La inmensa mayoría sólo lleva encima una holgada capa blanca, y sin embargo, ¡cuánta variedad ofrece la manera

como la visten! Quién la lleva abierta, quién cerrada, éste echada á un lado, aquél sobre el hombro, estotro recogida, el de más allá suelta, pero todos puesta con garbo, con pliegues variados y pintorescos, cayendo en líneas fáciles y severas, como si la hubiese arreglado, ó mejor, cual quisiera saber arreglarla el artista más exigente. Todos tienen aire de antiguo senador romano. Esta mañana Ussi ha descubierto un maravilloso Marco Bruto en medio de un grupo de beduinos. Debo consignar que si no se tiene adquirida la costumbre, la capa por sí sola no basta para ennoblecer la figura: algunos de los nuestros hanse provisto de ella para el viaje, pero por más vueltas que le han dado, nunca han conseguido parecer más que viejecillos convalecientes envueltos en una sábana á la salida del baño.



Moro con traje de gala

* * *

Todavía no he logrado ver entre los árabes un giboso, ni un contrahecho, ni un raquítico: en cambio abundan los que han perdido la nariz á consecuencia del morbo céltico, y son muchísimos los ciegos, y de éstos en gran número

los que tienen huecas las cuencas de los ojos, espectáculo que me hace estremecer cada vez que considero que algunos lo deben á hallarse en vigor en el imperio la horrible pena del tali6n. Pero en cambio, en medio de tantas figuras extrañas y mortificantes, no se descubre una sola imperfección ridícula. Y es que los defectos insignificantes desaparecen bajo la holgura del traje, del mismo modo que el grave continente y el color leñoso, térreo ó bronceado de las carnes, disimulan las huellas de los años. Así se explica que se encuentren á cada paso hombres de edad indefinible, de los cuales solamente puede decirse que no son viejos ni jóvenes, pues ó se juzgan ya en los últimos términos de la edad varonil, y una sonrisa fugaz revela inesperadamente el vigor de la juventud, ó se les considera jóvenes, y por debajo del capuch6n asoman los mechones de su pelo gris.

* * *

Los hebreos de esta ciudad se parecen bastante, en cuanto á los rasgos de su fisonomía, á los de nuestro país; pero su estatura más elevada, su tez más morena, su pelo negro muy largo y, en especial, su traje pintoresco, les comunican un aire completamente distinto. Consiste éste en una túnica parecida á nuestras batas, de diferentes colores, bien que oscura por punto general, que ciñen al talle por medio de una faja roja, una gorrilla negra, calz6n largo que apenas asoma un palmo por debajo de la veste, y pantuflos amarillos.

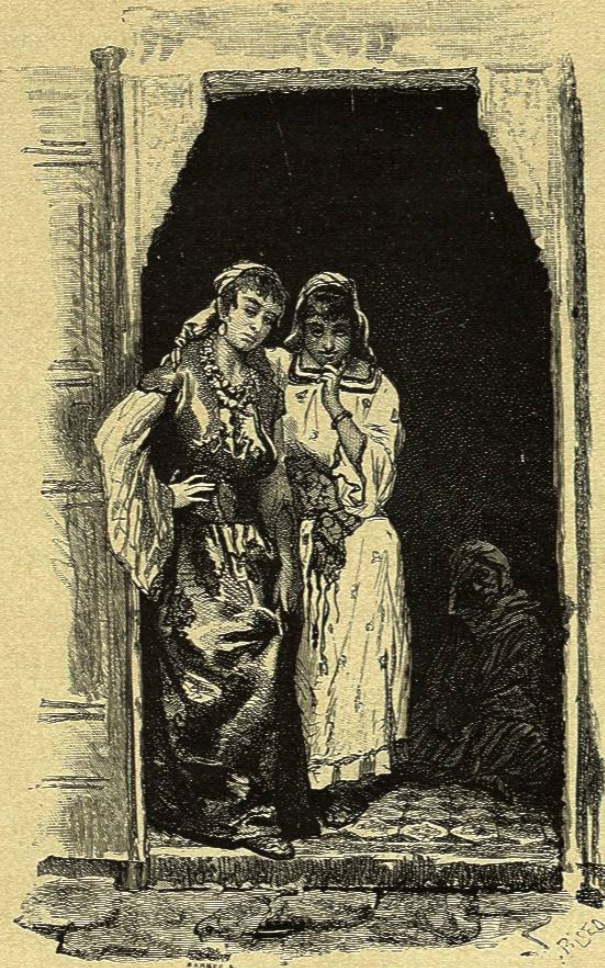
Es muy común encontrar entre ellos «elegantés» que usan riquísimas estofas, camisas bordadas, faja de seda, cadenas y sortijas de oro; pero nada vistoso, más bien austero en el conjunto de su arreo, y haciendo gala de gracia y de digni-

dad señoril, de cuyas condiciones carecen, sin embargo, aquellos seres, verdaderamente desdichados, que á las prendas referidas han sustituido el sombrero cilíndrico y el gabán oscuro. Entre los niños se ven caritas preciosísimas, á pesar de que no cuadra á su edad la pequeña bata en que van envueltos. Los niños hebreos se me antojan aficionados de teatrillo estudiantil, vestidos para desempeñar el papel del protagonista en el *Campanello dello speciale*.

* * *

Me he convencido de que no hay exageración en lo que se dice respecto de la hermosura de las judías de Marruecos, pues realmente ofrecen un carácter especial que no existe en otro país. Es una belleza opulenta y espléndida, realzada por grandes ojos negros, nivea frente, boca purpurina, formas mórbidas y turgentes y contornos estatuarios: una belleza de escenario que deslumbra de lejos y que contemplada de cerca arranca más bien un aplauso que un suspiro. La mente goza representándola entre los múrrinos vasos y las tazas ceñidas de flores de antiquísimo festín, considerando que es su lugar más apropiado. Las hebreas de Tánger no visten en público su riquísimo traje tradicional: han adoptado últimamente las modas europeas, mostrando especial predilección por los colores chillones, como el azul napoleón, el rojo magenta, el amarillo de azufre y el verde alfalfa, de suerte que contempladas desde lejos, con sus chales y sus basquiñas rabiosamente entonadas, semejan mujeres envueltas en los pabellones de todas las naciones del universo. Cuando en los sábados se pasa por las calles en que moran los

judíos, vense en todas partes aquellos colores, aquellos semblantes bellísimos, aquellas miradas dulces é insinuantes, aquellas trenzas larguísimas y de un negro aterciopelado, una



Hebreas

exuberancia de juventud y belleza sensual, que contrasta extraordinariamente con el silencio y soledad de las demás calles.

* * *

Los rapazuelos árabes mueven á risa; pues mientras llegan á edad de poder usar la capa, van metidos en el capuchón

de manera que parecen apagaluces andando. La mayor parte llevan la cabeza rapada como la palma de la mano, y sin más pelo que una delgada trencita de unos dos palmos, que les cae sobre el cogote: diríase dejada á posta para colgarlos de un clavo como los títeres de un teatrillo. Algunos la llevan junto á la oreja ó sobre la frente, acompañada de varios mechones cortados en forma de cuadrado ó de triángulo, distintivo del postrer nacido en la familia. La mayor parte tiene un rostro agradable, pálido; un cuerpecillo esbelto y airoso y una expresión de inteligencia precoz. En los sitios más frecuentados en la ciudad nada dicen á los europeos: en las calles apartadas conténtanse con contemplarlos detenidamente, cual si quisieran decir: — No me agrada.

Los hay de seguro que se sienten con impulsos de soltar una fresca, pues se les lee la intención en la expresión de los ojos y hasta en la contracción de los labios. Con todo, cuidan muy bien de cerrarle el paso, no tanto por temor al nazareno, como por miedo al padre, que se tiene aprendido á lo que sabe la Legación. De todos modos la vista de una moneda apaga todos sus furros; mas guárdese muy bien cualquiera de tirarles de la colita. Ayer se la tiré al paso á un renacuajillo que no levantaba dos palmos, y se me encaró iracundo pronunciando algunas palabras que no entendí, mas que, según me manifestó mi intérprete, significaban: «Permita Dios que se ase vivo tu abuelo, cristiano maldito.»

* * *

Por fin he conseguido ver dos santones, que tanto vale como decir idiotas ó locos, ya que en este país, como en toda la África septentrional, es venerado como santo todo aquel